

RELACION,

LA MAS CONSTANTE MUGER.

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

POrque antes que me afrentes,
ò Principe generoſo,
ſepas el hombre à quien quitas
la vida, y honor heroico,
te acordarè lo que ſoi,
ſin circulos, ni epyſodios,
ſi como me ofendes mucho,
quieres atenderme un poco.
Yo ſoi, invicto Señor,
Carlos Esforcia, aquel monſtruo
de valor, como lo dicen
Cymbrios, Lombardos, y Godos,
Eſguizaros, y Alemanes,
que aunque parece que rompo
las leyes de la modeſtia,
ay lances en que es forzoſo,
que con eſte arrojamiento
hable un hombre de sì proprio,
El Cielo apenas me havia
à los años diez y ocho
dibuxado liberal
un hilo negro por bozo;
que ſon las flores del ſeſo;
que arroja la edad al roſtro;
quando en el cerco me hallè
de San Illàn territorio,
y frontera del Francès,
y la Gran Ciudad de Gomo
defendì del Placentino,
con quatro mil hombres ſolos.
Al Eſtado de Varrès
metì una noche ſocorro,
y con el reſto al Caſal
me fuì alargando brioſo;
donde fue tanta la hambre;
que padeciò el campo todo,

por cercarnos quince mil
Venecianos en contorno,
que despues de haver comido
caballos, yeguas, y potros,
sin reservar animal
por immundo, y asqueroso,
comimos Xabon, y lana,
en vez de carne, y vizcocho,
y aun huvo hombre, que siendo
barbaramente piadoso
consigo se cortò un brazo,
y dividiendole en trozos,
para conservar la vida
se lo comiò poco à poco,
plato en que èl proprio à ser vino
alimento de sì proprio.
Passando desde el Casal
el Pyrineo (aquel toldo
de los valles, y las selvas,
aquel pyramide bronco,
aquella torre de ramas,
aquel sobrecejo hermoso
de la Francia, aquel Castillo
de fresnos, aquel escollo
de jazmines, y esmeraldas,
aquel verde promontorio,
primer escalon del Cielo,
y ultimo quarto del globo)
dixo un Francès mal de tì,
y yo sacando animoso
la cuchilla, de un rebès
le cercenè tan del todo
la cabeza, que cayendo
junto al ribete de un Olmo,
como estabamos en cuesta,
rodò hasta el valle, de modo,
que la postrera palabra
la empezò presumptuoso
en el monte, y la acabò
una legua de nosotros.
En fin, no tienes Ciudad,
ni Tierra, que con mis ombros
en peso no aya tenido,
con mas trabajos, que arroyos,
el Po desato en crystales,
y el Mar Ligûstigo en golfos.
Permiteme, Duque excelso,
aora que reconozco
de nuevo tantos servicios,
como en el tuyo supongo,
que las pregunte à las Leyes,
por què siendo tan odioso
el delito del ingrato,
no se prende por èl, como
por homicida, y ladron.
Mas yo por ella respondo,
que ay delitos tan indignos,
tan viles, y vergonzosos,
que no les halla el Derecho
pena que iguale à su oprobrio,
y por esso no la pone,
ò porque es caso notorio,
que son tantos los ingratos,
que no huviera calabozos
(si se huvieran de prender)
en el Mundo para todos.
Y assi es mejor que anden libres
que no, no es castigo poco,
que ellos sepan que lo son,
y lo sepamos nosotros.

Diràs

Diràs que fue culpa grave
llevarme sin ser su Esposo,
conmigo à Isabèl, y digo,
que yo tambien lo conozco.
Mas supuesto, que aun el Cielo,
permite un daño, si estorvo
ha de ser de otro mayor,
en proceder yo tan loco,
mas te obliguè, que ofendì,
pues te excusè que furioso
de tu honor, y el de Isabèl
prophanasses el decoro.
Y es menor inconveniente
quando ay dos daños notorios,
ser un Vassallo liviano,
que un Principe escandaloso.
Apenas, pues, de Milàn
huìdo salgo, y me desposo
con Isabèl, y à su ruego,
difunto la posta corro,
quando dentro de diez dias
desde el camino me torno,
y me informo, que en Palacio
la tienes, porque tu proprio
fuiste à robar su hermosura.
como à la Cordera el Lobo.
O quien en esta ocasion
tuviera ò hallàra modo
para ponderar las ansias,
las penas, y los ahogos
con que se hallò embarazado
entonces mi pecho heroico,
con la infamia hasta la boca,
y el dolor hasta los ojos!
Viste, gran señor, un Tygre,
que en lo galàn, y en lo hermoso;
siendo pabon de las fieras,
es ramillete del soto?
Que entrando en la verde cueva
á donde dexò el cachorro
chupando el jugo a un Cordero
le echa menos, y fogoso,
como saeta arrojada
parte al monte, y los cogollos
oliendo de los tomillos
planta à planta, tronco à tronco,
parece que và pidiendo
su dicho à los cinamomos,
porque juren la verdad
en su robado thesoro?
Assi yo llego à la Aldea,
busco à Isabèl, no la topo,
digo amores como amante,
hago extremos como loco:
examino los Pastores,
refierenme lo que ignoro,
parto à Milàn afligido,
hablo con mis deudos todos:
cuento al Padre de Isabèl
tu amor, y mi desposorio,
fia su honor de mi aliento,
su honor à mi cargo tomo.
Llego al muro, llora el Pueblo;
toco el Puente, passo el Domo,
véme Curcio, và à prenderme,
trae la Guarda, cala el plomo,
y yo al riesgo agradecido,
por picas, y balas rompo,
hasta llegar à pedirte,
como por justicia, el robo;

que

que hiciste al alma de tantos
idolatrados despojos.
Duque, Principe, Señor,
ante cuyos pies me postro,
ò amigo à un tiempo del alma,
que es nombre mas amoroso.
Ya estoi aqui si me buscas,
ya me ofrezco, ya me pongo
en tus manos, aunque sea
solicitar mi destrozo.
Mas si acaso (ay dueño mio,
perdona si me apassiono)
atento à las referidas
finezas de que te informo,
me quisieres pagar quanto
hizo mi brazo en tu abono,
dame en Isabèl la vida,
que me usurpas ciego, y sordo,
sino de compadecido,
siquiera de generoso.
Mirame, y veràsme el alma
desatada en dos arroyos,
que corren liquido fuego
por la margen de mi rostro.
Mirame, digo otra vez,
porque estoi tan lastimoso,
que es impossible, segun
tristes me anegan sollozos,
que si tus ojos me miran,
me persiguen mas tus ojos.
Pero si verme, ni darme
el bien que por ti malogro,
no quieres, saca la espada,
y desde la punta al pomo
passame el pecho, y despues
con un circulo redondo
arrancame el corazon,
en cuyo espejo lustroso
veràs à Isabèl tan viva,
puesto que muerta la lloro,
que puedas segunda vez
darla palabra de esposo.
Ea, matame de presto,
salpique tu Sacro Solio
mi sangre, y à puñaladas,
con intrepido alborozo,
hazme, ofendido, pedazos,
que aunque el vulgo afectuoso
lo atribuya à pesadumbre,
yo lo tendrè por soborno,
pues con esso cessaràn
en mi pecho doloroso
las angustias, las passiones,
los miedos, los alborotos,
las desdichas, las afrentas,
los suspiros, los antojos,
las ansias, las desventuras,
y los zelos rigorosos,
que sufro, contemplo, passo,
advierto, murmuro, noto,
callo, siento, dissimulo,
colijo, penetro, y toco,
pues todo viviendo, dura,
y cessa, muriendo, todo.

F I N.

Con licencia : En Sevilla, en la Imprenta de JOSEPH PADRINO, Mercader de Libros, en calle de Genova.